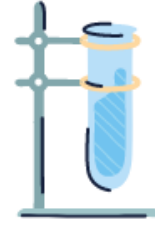


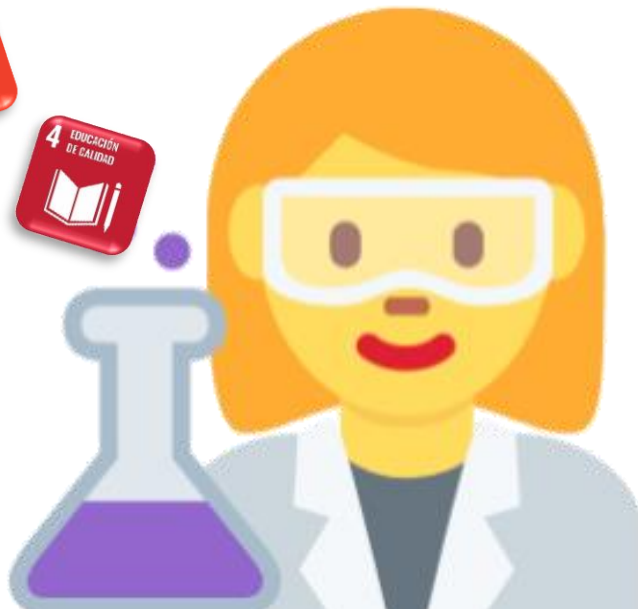
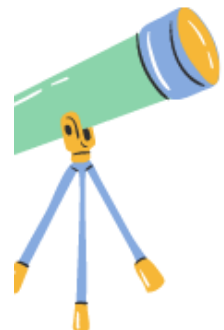
LAS NIÑAS TAMBIÉN QUIEREN SER CIENTÍFICAS.



1º PREMIO

EL LADRUCTOR

Javier A. V- 10 años



Laura era una niña que tenía una perrita que se llamaba Teodora, aunque la llamaba Teo, no se separaban nunca, iban juntas a todas partes.

La perrita era muy lista. Sabía sentarse, dar la pata, chocar los cinco, tumbarse, arrastrarse, bailar, dar vueltas... Hacía muchas cosas a cambio de su chuche. Incluso era capaz de decirle que quería salir a hacer pipí, le habían puesto un timbre al lado de la puerta a la altura de Teo que cuándo la perrita lo pulsaba era porque necesitaba salir. Pero hacía algo que era los más gracioso de todo. Laura le decía: "Teo ladra", y Teo ladraba, si le decía más bajito, ladraba más bajito y así hasta que apenas se oía su ladrido. Era como un ladrido mudo.

Cada vez que Laura hablaba con Teo, la perrita ponía la cabeza de lado y ladraba y gruñía como si tuviera una conversación con Laura. Parecía que Teo entendía a Laura.

Laura se quedó observándola y le dijo: Parece que me entiendes, pero yo a ti no... se quedó dando vueltas a esto y pensó que podría hacer algo para poder entender a Teo.

Fue a la biblioteca y leyó muchísimos libros. Su madre la acompañó a una universidad para hablar con profesores matemáticos, de ciencias, física e incluso programadores. Cada uno de ellos le explicaba lo que ella quería saber, pero a ninguno le dijo lo que quería hacer.

Compró dos chapas de las que se cuelgan en los collares con el nombre del animal. Creó un chip que tenía altavoz y micrófono. El chip era capaz de funcionar durante muchas horas porque se cargaba con los latidos de su corazón. No era necesario enchufarlo a la corriente, pero siempre lo tendría que llevar puesto.

El chip lo metió entre las dos chapas, como si fuera un sándwich y cerró el contorno con silicona para que no se estropeará el chip con el agua ni el polvo.

Lo probó: Si ella hablaba, el chip no hacía nada, pero si Teo ladraba, el chip respondía pero con ladridos; su invento todavía no funcionaba del todo bien. Siguió probando cosas, pero el chip no funcionaba, los ladridos los traducía a ladridos. Decidió probar otras cosas.

Inventó una fórmula química derivada del ácido barbitúrico, que mezcló con algas marinas, cieno y azúcar glas. Hizo una pastilla en forma de hueso como las chuches que le daba y se lo dio a Teo. Se lo comió y le gustó el sabor. Pasó una media hora, pero los ladridos seguían siendo ladridos.

Laura siguió leyendo libros, cuando muy bajito escuchó:

- ¿Salimos a dar un paseo?

Ella miró a su alrededor y vio que solo estaban ella y Teo. Entonces siguió leyendo cuando volvió a oír:

- ¿No te apetece pasear?

Volvió a mirar a su alrededor y nada. Miró a Teo y la estaba mirando expectante, cuando dijo:

- Venga, ¡vamos!

Y Teo le trajo la correa.

Laura se quedó pasmada. Teo hablaba con toda claridad sin tener que llevar nada puesto, no se oían ladridos, eran palabras y muy claras, así que decidió tener una conversación con Teo y ésta tuvo sentido. Teo entendía todo y Laura también la entendía. Pero el efecto de la pastilla sólo duraba catorce horas, pero a Laura le pareció suficiente tiempo.

Creó más pastillas y al día siguiente fue a la universidad donde había pedido ayuda a los profesores y les enseñó lo que había inventado. Estos no podían creer lo que oían y veían. Analizaron las pastillas y observaron el comportamiento de Teo durante un mes. Al darse cuenta que era cien por cien efectivo decidieron patentar la fórmula a nombre de Laura ya que era menor de edad. Laura decidió llamar la pastilla “El Ladruktor”. Se vendieron millones y se hizo súper famosa. Todo el mundo conocía, sabían quién era Laura Romero y que había inventado.

Gracias a los profesores, Laura estudió en un colegio que se adaptaba más a su inteligencia y además se reunía con los profesores una vez a la semana, por supuesto, Teo siempre iba con ella.

¿Damos un paseo?



LADRUCTOR

